

SEMANA SANTA

SANTA

CAMPO de CRIPTANA



1952



ORDEN DE CULTOS

VIERNES DE DOLORES, 7:30 DE LA TARDE.—**Última Novena y Procesión Solemne**, con las imágenes de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora de la Soledad Angustiada, desde la Iglesia Parroquial a la ermita de la Madre de Dios, acompañando la Banda de Música. El presente año estrenará la Virgen de la Soledad un riquísimo y artístico manto, de terciopelo negro bordado en oro, fabricado por las Adoratrices de Algeciras, que lo lucirá por vez primera en esta procesión.

10:30 DE LA NOCHE.—En el Teatro Cervantes tendrá lugar el **Pregón Lírico de Semana Santa**, a cargo del renombrado abogado **Don José Antonio Ortega Rosales**, con ilustraciones musicales por la Banda de Música "Filarmonía Beethoven". A este acto asistirán las Autoridades y representaciones de las distintas Cofradías de Semana Santa.

DOMINGO DE RAMOS, 8:30 DE LA MAÑANA.—**Comunión general** de las Cofradías de Caballeros de Semana Santa.

10 DE LA MAÑANA.—**Bendición Solemne de las Palmas**, Procesión y Divinos Oficios, con asistencia de Autoridades, Jerarquías locales y Juntas Directivas de todas las Cofradías de Semana Santa.

Subastas: 12:30 DE LA MAÑANA.—Verificarán las subastas de sus "pasos" la Hermandad de Jesús Cautivo y la de Nuestra Señora de la Esperanza, en el Salón de Actos del Ayuntamiento.

3 DE LA TARDE.—Cofradía del Santísimo Cristo de la Columna, en la ermita de la Vera-Cruz.

3:30 DE LA TARDE.—Cofradía del Santo Entierro y Hermandad de Jesús Nazareno, en la ermita de la Madre de Dios.

8 DE LA TARDE.—**Miserere solemne** (s. XVIII) a toda orquesta, en la Iglesia Parroquial, por los coros polifónicos de las Juventudes de Acción Católica.

MIÉRCOLES SANTO, 7 DE LA TARDE.—**Oficio de Tinieblas**, cantado por el Clero Parroquial. Al terminar se cantará el Miserere a tres voces, del Padre Otaño, por el Coro de los Jóvenes de Acción Católica.

10:30 DE LA NOCHE—**Rosario de Penitencia**, a cargo de la Hermandad de Jesús Cautivo en su Prendimiento y Nuestra Señora de la Amargura. En él figuran los pasos de los cinco Misterios dolorosos, rezándose el Rosario en la Plaza del Generalísimo. Al desfilar cada uno de los "pasos" pronunciará una plática el fervoroso misionero Rvdo. P. Manuel Malwenda, S. J. de la Residencia de Valencia.

JUEVES SANTO, 8:30 DE LA MAÑANA.—**Comunión General para las señoras**, en la Parroquia.

10 DE LA MAÑANA.—**Divinos Oficios**, con asistencia de Autoridades y Jerarquías locales, Asociaciones Eucarísticas de la Parroquia, Ramas de Acción Católica y Cofradías de Semana Santa.

1 DE LA TARDE.—Comida a los doce pobres que asistirán al "Lavatorio", en el Centro de la Rama de Mujeres de Acción Católica, servida y costada por las mismas.

4 DE LA TARDE.—Ceremonia del "Lavatorio" y **Sermón de Mandato**, que predicará Don Santos Muñoz-Quirós de la Guía, Coadjutor de esta Parroquia.

5:30 DE LA TARDE.—**Sermón de la Flagelación**, en la ermita de la Vera-Cruz, a cargo del Rvdo. P. Manuel Maluenda, S. J.

6 DE LA TARDE.—**Procesión de la Vera-Cruz**, con sus respectivos "pasos", acompañando los nazarenos y la Centuria de Soldados Romanos, equipados según el vestuario de la época. Asistirá también la Banda de Cornetas y Tambores del Crucero de Guerra "Miguel de Cervantes" de la Base Naval de Cartagena.

8 DE LA TARDE.—**Hora Santa**, ante el Monumento de la Iglesia Parroquial.

11 DE LA NOCHE.—**Procesión del Silencio**, con Via Crucis solemne, organizado por la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y María Santísima de la Esperanza.

VIERNES SANTO, 1 DE LA MADRUGADA.—A continuación del Via Crucis, tendrá lugar, en la ermita de la Madre de Dios, el **Sermón de Pasión**, predicado por el Rvdo. P. Manuel Maluenda, S. J.

6 DE LA MAÑANA.—**Procesión del Paso**, con la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en sus valiosas y artísticas andas cinceladas, acompañado de su Cofradía.

10 DE LA MAÑANA.—**Divinos Oficios**, en la Parroquia, con Adoración de la Santa Cruz, por las Autoridades, Jerarquías locales y fieles. Durante este acto se cantará el "Popule meo", de Caballero, a cuatro voces y el "Crux fidelis", a tres voces-mixtas, de Prado, por el Coro de las Juventudes Católicas.

2 DE LA TARDE.—**Sermón de las Siete Palabras**, predicado por el Rvdo. P. Manuel Maluenda, S. J. Intermedios musicales por la Capilla Parroquial, con acompañamiento de orquesta, cantando las "Siete Palabras", a tres voces mixtas, con música de J. R. Gomis y letra del Padre Alonso Mexía, S. J.

5 DE LA TARDE.—En la ermita de la Vera Cruz **Sermón de Descendimiento**, a cargo de Don Gregorio Bermejo López, Cura Párroco de esta villa.

6 DE LA TARDE.—**Procesión del Santo Entierro**, a la que asistirán en representación oficial, Autoridades y Jerarquías locales.

10 DE LA NOCHE.—Canto del "Stabat Mater", a dos voces y coro, de Bordease. A continuación, **Sermón de Soledad**, que predicará el Sr. Cura Párroco. Después, **Procesión de Soledad**, y traslado de los distintos "Pasos" a sus respectivas ermitas.

Sigue el Orden de Cultos

SABADO SANTO, 9³⁰ DE LA MAÑANA.—**Dívinos Oficios**, bendición de la pila bautismal y Misa de "Alejuya".

DOMINGO DE RESURRECCION, 6³⁰ DE LA MAÑANA—**Procesión del Encuentro**, con el Resucitado, que saldrá de la ermita de la Vera Cruz, encontrándose a su Santísima Madre en la Plaza del Generalísimo. A continuación de estas ceremonias se organizará la procesión por las calles de la Virgen, José Antonio y Convento. Al llegar a la Parroquia tendrá lugar la Misa de Resurrección con sermón a cargo del Sr. Cura Párroco y, terminada ésta, el traslado de la imagen del Resucitado a la ermita de la Vera Cruz.

10 DE LA MAÑANA.—**Función solemne de Resurrección**, cantándose la "Segunda Pontifical", de Perossi, con acompañamiento de orquesta, por el Coro Parroquial de las Juventudes de Acción Católica.

Campo de Criptana, Abril de 1952.

La Comisión Parroquial de Semana Santa.

NOTA: La Banda de Música "Filarmónica Beethoven" acompañará en todas las procesiones pasionarias.

COLABORADORES: Gregorio Bermejo, Julio Gil, José M.^a Izorn, Elena G.^a Aleaña, Manuel de la Calle, Miguel Sánchez-Migallón, Remiro Parrilla, Jaime López Lloret, José M.^a Reillo y F. Cañamero.

MARIA CORREDENTORA

Dos figuras principales se destacan en el drama sangriento de la Pasión de Cristo: Jesús y María.

El primero como verdadero y único Redentor del linaje humano; la segunda como verdadera Corredentora, pues si bien es cierto que únicamente los méritos infinitos de la Pasión y Muerte, ignominiosa, de Cristo fueron la única satisfacción condigna ante el Padre Celestial por los pecados de la humanidad, no es menos cierto que María, con sus dolores, cooperó maravillosamente a esa misma redención de los mortales.

A este respecto escribió la fina pluma del eminente purpurado, Cardenal Gomá: "Cooperó, pagando a Dios de congruo lo que su Hijo pagaba de condigno; porque solo Dios es capaz de cancelar condignamente la deuda del pecado contraída por el hombre ante Dios.

Cooperó llevando voluntariamente sus dolores -dolores de una Madre de Dios- al acervo, de valor infinito, de los méritos y satisfacción de Jesucristo; no porque debiera avalorarlos o aumentarlos, que no pudieron tener incremento, ni en intensidad ni en extensión, sino para no frustrar la Pro-



videncia de Dios, que así requería su personal sacrificio para un complemento de redundancia y de divina armonía en la grande obra".

Lector: Siete años consecutivos, ha llegado ya a tus manos este Guía-Programa de nuestras tradicionales y cristianísimas fiestas de Semana Santa. En ellos hemos exaltado la figura de Cristo, ese Cristo que, antes de comenzar su Pasión, ora y recibe el consuelo de un Angel; este año he querido poner a tu consideración los Dolores de su Santísima Madre, que encontrarás, bellamente expuestos, en las siguientes páginas. Su lectura y meditación prepararán tu ánimo en estos días santos, para acercarte más a Dios por medio de su Madre.

Al hombre se le atrae por el pensamiento, pero es el corazón quien le arrastra; y el corazón del pueblo cristiano, como dice el Dante Alighieri, se ha sentido siempre arrastrado, con fuerza incoercible, hacia María.

GREGORIO BERMEJO.



PRIMER DOLOR DE MARIA

Profecía del anciano Simeón a la Santísima Virgen

El anciano Simeón ya puede morir en paz. Se ha cumplido la promesa que le ha sido hecha. Tiene en sus brazos al Deseado de las Naciones. Y profetiza. Le ha tomado de los brazos de su Madre y extasiado ante la belleza de aquel Niño ofrecido como Primogénito en el Templo, habla: "Tu eres la luz para la iluminación de las gentes; Tu eres la gloria de tu pueblo Israel".

La Madre, Madre y Virgen, tan humilde que por serlo "la llamarán bendita todas las generaciones", con el rostro iluminado por la alegría sonrosada de la aurora, le oye maravillada. El anciano profeta se entristece contemplando aquellos ojos de sonriente y celestial pureza, de bienaventuranza maternal, en contraste con la visión dolorosa del futuro de aquel Hijo, carne y sangre de sus purísimas entrañas. Y sigue profetizando para Ella: "Mira, este Niño está puesto como blanco de contradicción, **y a Ti misma traspasará el alma una espada**, a fin de que sean revelados los pensamientos de muchos corazones".

En aquel instante la Virgen Madre ha perdido su alegría. Ve a su Hijo, "blanco de contradicción". Recuerda que ella también esperaba al Mesías. Había meditado mucho los dichos de los Profetas de Israel; "Va mudo, resignado, como un cordero que llevan al sacrificio; le ve ya hombre, pisoteado "como uva en el lagar"; ve sus manos y sus pies taladrados, su costado herido, hecho el "desprecio de la plebe". Oye como "silban las gentes y mueven la cabeza burlándose de la filiación divina de su Hijo. Y le imagina crucificado, muerto. Se ve sola, desolada, húmedas sus mejillas de lágrimas ardientes. Nadie puede consolarla. En un instante las palabras proféticas de Simeón la han herido en lo hondo del corazón de madre. ¡Mirad si hay dolor como su dolor! ¡Grande como el mar es su amargura!"

Este es su **primer dolor** que condensa todos los dolores. El primer dolor de aquel día, el primer dolor de todos los tiempos, de todos los espacios, de todas las razas, de todas las generaciones. A ella le duele el alma porque en ese instante comprende las predicciones de los profetas escondidas en su corazón desde su niñez. Su Hijo vino a dar su vida por la salvación de todo hombre. Compartiría con Él su sacrificio, y sufre. Su pasión no será de un día al que seguirá la resurrección gloriosa. Durará tanto como la historia del mundo, sin tiempo ni límite. Ahondando su dolor están las negaciones de la Divinidad, las perfidias de los incrédulos, las traiciones de los amigos, la siembra perversa de la mentira y el error, las persecuciones, contumelias y martirios de sus seguidores, las profanaciones del santuario del amor, el desprecio de la Sangre preciosa derramada y los combates contra la Obra futura de salvación de las gentes. Como fuego queman en su alma las palabras del anciano: "Este está puesto como signo de contradicción". Y "**a Ti misma traspasará el alma una espada**". ¡"Signo de contradicción"... entonces, ahora y siempre...!"

¡Ved si hay dolor semejante a su dolor!

J. GIL.

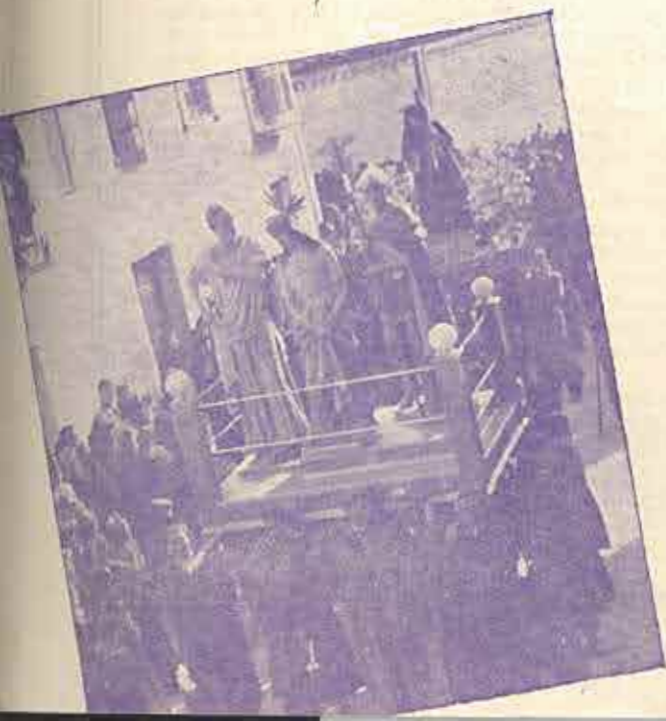
Primera Estación

Exigiendo feroz, sentencia impia,
ante el Pretorio clama inmunda grey,
-Cúmplase -dice Anás- hoy nuestra ley;
caiga su sangre en la nación judía.

En salvar a Jesús, Pilatos fia:
-Ecce Homo -les dice- et filius Dei.
¡Mirad al que se llama vuestro Rey!
-¡Que muera! -grita la bestial jauría-

Y Jesús, con el cuerpo desgarrado
por las lenguas de hirientes disciplinas,
que mal cubre el harapo que un soldado

por mofa le colgó, bien maniatado,
su cabeza llagada por espinas,
es a infamante muerte condenado.





SEGUNDO DOLOR DE MARIA

LA HUIDA A EGIPTO

Absorben de tal manera nuestra atención y acaparan de tal modo nuestro sentimiento las Virgenes Dolorosas de Semana Santa, que apenas si hemos pensado alguna vez en las lágrimas ocultas de la Madre de Dios y Madre nuestra que no fueron provocadas por la pasión y muerte del Redentor.

Vamos a hacerlo ahora. La alegría que tuviste al verte en tu pueblo cumplido el servicio militar; la satisfacción que experimentas al volver a tu casa y a los tuyos después de algún viaje largo y molesto; la ilusión constantemente esperanzada de conseguir tu colocación o tu empleo lo más cerca de tu familia, servirán para darte una idea siquiera pálida y débil de la gran desolación que debe suponer el destierro.

El Antiguo Testamento que contiene tantas figuras del Nuevo, recoge en el Salmo 136 la tristeza de los judíos lejos de su patria: "Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos y llorábamos al recuerdo de Sión."

Y la Divina Providencia que en sus designios incomprensibles no quiso ahorrar a Jesús ningún dolor, le hizo huir a Egipto según habían preanunciado los profetas Oseas e Isaías.

Bien podemos suponer que, sobre todo a los principios la vida en Egipto sería dura: desterrados en país extranjero, teniendo que ganar S. José el pan con el sudor de su rostro, sufriendo quizá el desvío y la desestima que lleva consigo la pobreza; las lágrimas silenciosas de María caerían sobre la tierra que les vio cruzar humildes y pequeños, indiferente a su dolor, inmovible como las Pirámides y avara y secreta como la Esfinge.

El arte, que en pintura y escultura ha producido en España tantas maravillas de la Virgen, no podía dejar sin expresión el viaje a Egipto y así (según cita el profesor Sánchez Cantón) es insigne y capital la más antigua representación española de la Huida repujada sobre plancha de plata en un costado del Arca Santa de Oviedo, ofrecida en 1.075 por Alfonso VI.

Pero desgraciadamente no son solo artísticas las referencias a la Huida. La última guerra mundial con su secuela de horrores, trajo el grave problema de los desplazados que hicieron a Pío XII incluir en la Oración del Año Santo la súplica: "dá a los prófugos y prisioneros la patria."

Y todavía, de modo perenne, unida a nuestra naturaleza miserable está la idea de desterrados, que repetimos dos veces cada una que rezamos la Salve.

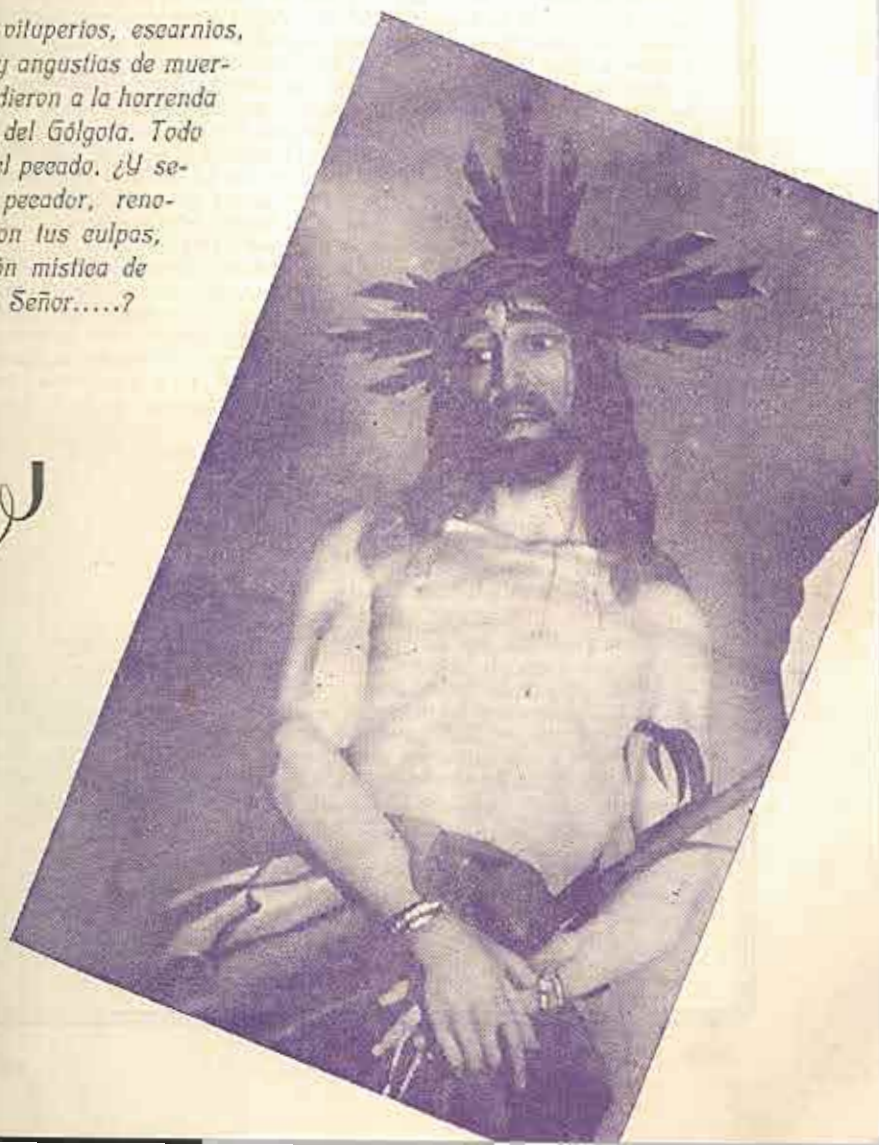
Al recordar hoy el destierro de María sabiéndola ya "Regina in cælum assumpta" queremos repetirte algunas de las palabras que le dirigiera el Papa en la memorable mañana del 1.º de noviembre de 1950:

"Tenemos la vivificante certeza de que tus ojos que lloraron sobre la tierra, se volverán hacia este mundo atormentado por la opresión de los justos y de los débiles. mientras nosotros que te llamamos Madre te tomamos por guía, forza e consolazione della nostra vita mortale."

JOSE MARIA ISERN.



*Azotes, vituperios, escarnios,
dolores y angustias de muerte
precedieron a la horrenda
tragedia del Gólgota. Todo
efecto del pecado. ¿Y se-
guirás, pecador, reno-
vando con tus culpas,
la pasión mística de
Nuestro Señor.....?*





TERCER DOLOR DE MARIA

EL NIÑO PERDIDO

Cuando la caravana de Nazaret volvía de Jerusalén, después de las fiestas de la Pascua, y llegó al lugar escogido para descansar, tras la primera etapa del camino, María y José no hallaron a Jesús entre los peregrinos. Llenos de zozobra volvieron sobre sus pasos, preguntando a todos los que encontraban de vuelta de la ciudad santa. Y no lo hallaron hasta el tercer día.

Imaginemos la angustia de la Madre en esta ansiosa búsqueda del Hijo entre la multitud que llenaba las calles de Jerusalén. Hagámonos una idea de su dolor al ver que pasaban las horas, y al día sucedía la noche, y otro nuevo día alumbraba sin que el divino Niño pareciese. En aquel espacio de tiempo, lento y rápido a la vez, cómo se renovarían en el dolorido corazón de la Madre las primeras heridas sufridas antes al conocer la profecía del viejo Simeón y la inquietud de la huida a Egipto! Pero en aquellas ocasiones, Ella tenía a su Hijo. ¡Cuántas veces se reprocharía no haber cuidado mejor de Él! Aunque por la ley judía se consideraba ya como hombres, con plena responsabilidad, a los varones desde los doce años.

Y en aquel inevitable imaginar de peligros, mientras afanosa preguntaba, inquiría, y aquel recordar escenas y momentos de aquellos doce años, en que el Hijo había sido siempre centro y luz en torno al cual giraba todo el ser y el hacer de la Sagrada Familia, ¿no pasaría también por su imaginación haber faltado ante Dios, al no cuidar debidamente de Aquél cuyo destino entreveía sublime y extraordinario en el mundo?

En el corazón de María el dolor se acumulaba al dolor. Dolor sin medida. Porque, si el dolor se funda en el amor, ¿qué amor puede sobrepujar al de madre? ¿y qué madre más excelsa que la Madre de Dios? Imposible, pues, describir aquel dolor que tan bruscamente cortó la serena felicidad de la Sagrada Familia, llenando de angustia el corazón de María. Pedro de Padilla, el místico carmelita del siglo XVI, al disponerse a escribir su "Prefación a los Misterios Dolorosos", también vacila al tratar los dolores de la Virgen, cuando dice:

"Como suele, tras, dulce primavera,
acudir el invierno desabrido;
así, Virgen, en Vos de esta manera
tras del gozo el disgusto ha sucedido;
Y así, por esta pena lastimera,
de donde tanto bien nos ha venido,
os pido que me déis, pues lo sufristeis,
favor para decir lo que sentisteis".

Y es en unas palabras del relato del evangelista en donde creemos descubrir un nuevo y mayor dolor de la Virgen. Y no es precisamente cuando Jesús está perdido, sino cuando lo hallan en el Templo, entre los doctores. En dulce reproche la Madre dice: — "Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros?" Y Jesús responde: — "¿Por qué me buscábais? ¿No sabéis que me conviene estar en las cosas de mi Padre?" Y añade el evangelista: "Y María guardaba todas estas cosas en su corazón".

Este es el nuevo y mayor dolor. La Madre se da cuenta de que ya desde entonces el Hijo empieza a dejar de ser suyo. Que ya se irá alejando camino del Calvario. Siempre, cuando lo siga en sus predicaciones, cuando lo vea entre las multitudes entusiastas y entre los que lo insultan, recordará aquella respuesta que ya lo aleja de su vida de este mundo. Aquellas palabras que Ella guardaba en su corazón.

ELENA GARCIA ALCAÑIZ.



Cuarta Estación

Destiese el horror de su tortura
en el tesoro de su amor sublime,
y el cuerpo que se quiebra y que redime,
se anega en el dulzor de su ternura.

Pero al ver ante sí la imagen pura
de aquella Madre, que angustiada gima,
al mirar a María, en la que imprime
el dolor más acerbo la amargura,

toda su fortaleza desfallece,
su corazón se estroja, se estremece
con anhelo asfixiante de agonía,

y si la lengua calla y enmudece,
en sus ojos de mártir aparece
como un grito del alma, un 'Madre mía!'



M

CRUCIFIXION

¡Qué triste, que triste vuelve el Nazareno!,
¡qué dulce amargura tiene su mirada!,
¡qué dolor más grande su faz de Dios bueno
manchada de sangre, de sudor, de cieno,
con cárdenas huellas de golpes marcada!

¡Qué cansado vienes, Jesús, qué cansado,
la cruz, qué pesada, qué largo el camino!,
exhausto, sediento, sangrante, ultrajado,
te rinde el esfuerzo, y caes agotado
hundiendo en el fango tu cuerpo divino.

Y aún rugo la turba con saña insudita
y tunde tu cuerpo con sus latigazos,
de tus mismos hijos la lengua maldita,
escupe blasfemias con el israelita,
y ultraja tu rostro con sus salivazos.

No hay piedad ni gracia para tu tormento,
flagelan las burlas del cruel sicario,
y sigue el cortejo, de rencor sediento,
su acoso cobarde, feroz y sangriento,
inmolando al Justo, que sube al Calvario.


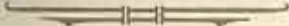
Porque eres, Dios bueno, Amor y Verdad,
porque condenaste sus vicios carnales,
te arrastra el suplicio con ciega impiedad
la turba que niega tu divinidad,
y adora a los siete pecados mortales,

la que te flagela, la que te escarnea,
la que te moteja y te sacrifica,
la que te desprecia, la que te aborrece,
la que en su soberbia, piensa que fenece
Tu Reino, en el leño que te crucifica,

y rasga tus carnes con su saña impía
porque nada quede de tu muerte en pos,
y el leño infamante, es desde ese día,
ungido de gloria por santa agonía,
cadalso del Hombre y trono del Dios.

JOSE M.^a REILLO.





COLOQUIO CON UN CRISTO DE CAOBA

A punto de morir desescuchando
la certidumbre de quedarte inmóvil
te pones amarillo más y más
como la piel de un plátano maduro.

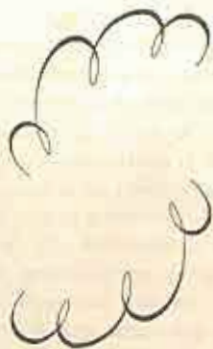
Yo no te he visto nunca,
dulce Cristo manchego y sin embargo
sé que agonizas poco a poco,
que en Campo de Criptana están muriendo
tus ojos de caoba.

Yo no te he visto nunca.
Pero aquí hemos hablado muchas veces
de Ti, junto al Guadizna
en los domingos húmedos de Enero,
comentando el silencio de la angustia
que encadenaste a tus heridas secas.

Los álabes sonoros
de los viejos molinos que asustaron
el corazón feliz de D. Quijote
abanican ahora tu agonía
y quedan como tú crucificados
en el frío de la noche
cuando tus manos llenas de relente
mendigan por la calle del Convento
trozos de amor para salvar al mundo,
para alegrar de llamas
esta caverna enorme de carámbano
donde anidan los hombres
esperando la muerte.

Sólo Señor por eso has estañado
al asta de la cruz
tu largo agonizar frente a los siglos
y esperas en la cruz muchas miradas
que te comprendan como estás,
dulce gavilla de dolores,
muriendo en esa funda de caoba.

F. CAÑAMERO
Clérigo.





CUARTO DOLOR DE MARIA

Encuentro de su Hijo en la calle de la Amargura

Aquella muchedumbre insolente y necia, aquella chusma que rodeaba a los tres que iban a ajusticiar, se ha dado cuenta. En medio de ellos está la madre de uno de los reos, la madre del que ha sido tan bárbaramente martirizado, la madre de Jesús de Nazaret. Todos la señalan. Por un momento flota en el aire un deseo de perdón, un impulso de aliviar tanto dolor y tanta afrenta. Las risas y burlas se han helado. Nadie contaba con que el odio cebado en el hijo había de repercutir en la madre. Esto es más serio. Hasta ahora era un hombre el que sufría; pagaba el delito, según ellos, de querer ser rey del Pueblo Elegido; si era un embaucador, como afirmaban los fariseos, bien empleado le estaba; pero que su madre no lo vea. Es demasiado ver un hijo en este estado. Las mujeres que la acompañan se acercan más a ella, temen por su entereza; pero María da una lección en aquella hora suprema. No desfallece, ni grito, ni escandaliza. Mira a su hijo y siente el golpe brutal de un puñal en el corazón.

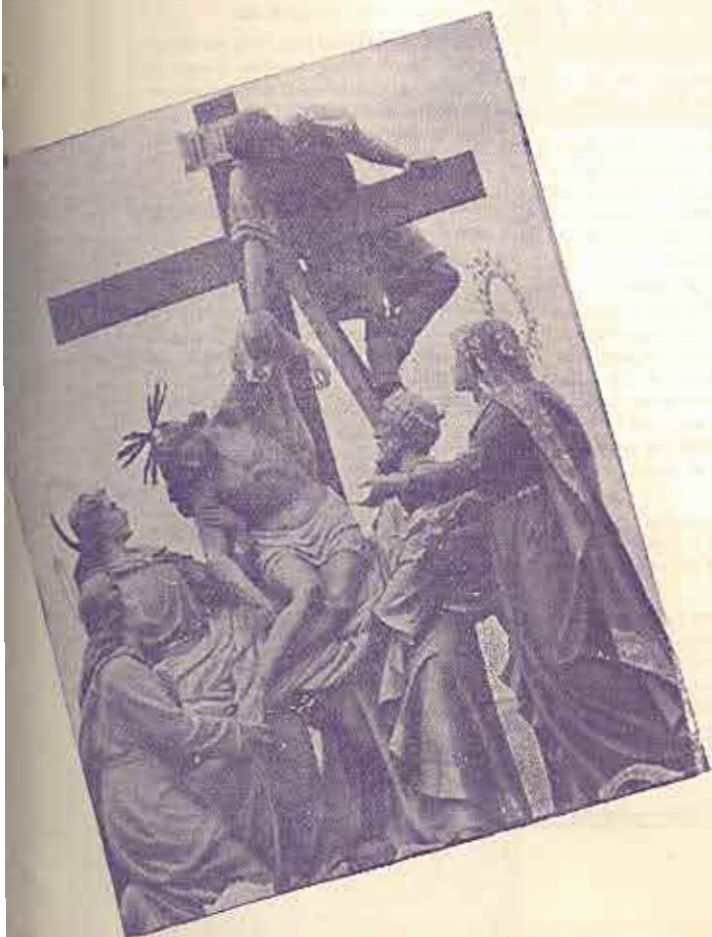
Cristo detiene el paso vacilante y clava en su madre los ojos medio cegados por los coágulos de la sangre que de la frente arrancan las espinas. Ante su madre, Cristo debió sentir más la vergüenza y el dolor de su deplorable estado. Sólo María, con su mirada de madre, lo ha podido reconocer. Ya no es el joven animoso que había desembarazado el Templo de ladrones, ni aquél que cinco días antes entraba en Jerusalem como enviado de Dios.

Los cuatro interrogatorios, las bofetadas violentas y brutales, la inhumana flagelación lo han convertido en una sombra de lo que fué. Está desfigurado por tanta sangre, por el sudor, los salivazos y el esfuerzo. Hace un momento cayó por el peso de la cruz y su cara se ha mezclado con el polvo, la sangre se ha amasado con la tierra. El rostro, iluminado y radiante, se deforma ahora con la contracción del dolor; sus ojos, rojos de llanto contenido, se esconden en la fosa de las órbitas.

La madre y el hijo se miran un instante, no pueden hablarse; no lo necesitan. El amor y el dolor son inefables, no pueden traducirse en palabras. Cristo en aquella mirada, parece decir: —“Ya ves, madre, en que estado me encuentro. Tú sabes, mejor que nadie, que no merezco esto. No mires con odio a los que me atormentan; dentro de poco, cuando yo muera, serán tus hijos. Perdónalos como yo los perdono...”

Solo fué un momento, porque un brutal empujón puso en marcha otra vez el macabro cortejo que, lento como un entierro, se perdió en la tortuosa calle de la Amargura.

Manuel de la Calle Contreras.





QUINTO DOLOR DE MARIA

CRISTO CRUCIFICADO

Jesús pende ya de la Cruz. Y el quinto puñal abrió su boquete en el dulce corazón de María.

Le habían conducido maniatado desde el Huerto de los Olivos, a la cárcel fría del martirio, y le han condenado a la última pena.

Cristo padeció y murió por los pecados de los hombres; esto es una verdad dogmática. Y en este sentido, el peso de la Cruz lo constituyen una por una nuestras culpas individuales.

En el plan abyecto del Sacrificio de Jesús, no había ni un solo móvil noble, ni una sola pasión de signo positivo: «Tiene que morir un hombre por el pueblo».

Podía haber habido algún móvil, si se le hubiese condenado por perturbador, por razones políticas o por ladrón. Y hubiésemos concedido algo noble a los enemigos de Jesús, si más o menos arbitrariamente se hubiese estirado o dislocado la verdad con miles de subterfugios, hasta legalizar una sentencia falsa. Pero esto es imposible, pues allí no hay más que un grosero engaño, con testigos pagados, y con toda la pompa para inspirar temor reverencial. Y Pilatos se lava las manos, y a conciencia de que es inocente le raja las espaldas a latigazos.

Quisiéramos ver al menos una reacción valiente de aquellos que integraban las multitudes en Pascua. Aquellos paralíticos que un día venturoso arrojaron sus muletas ante el poder de Jesús; ciegos que por Él empezaron a ver... ¿dónde estáis?, ¿es que no veis que os lo van a matar? ¿no escucháis la sentencia? La bofetada infame, el azote esclavo, la Cruz.

Cristo es reo de muerte, y aquellos leprosos, paralíticos, endemoniados; aquellos que sanaron a la caricia de Jesús... ¿dónde están?

No se han ido, no, están corridos tras las puertas entornadas. Miserables, villanos, ni uno solo da la cara. Incluso Pedro, que inconscientemente cercenó una oreja a Malco, en el Huerto de los Olivos; después se arrepiente y le niega tres veces, y como todos, se repliega cobarde.

Y Judas, perdido ahora por la derrota de Jesús, se apresura a bienquistarse de los que ganan. «¿Qué me queréis dar, y os lo entrego? Pero no exige, ni pide un puesto en la nueva situación, sino que aplica como un mendigo. Y le tapan la boca con dinero. ¡Algo así como treinta pesetas!

La avaricia y la cobardía, son los signos que acibararon toda la Pasión del Salvador.

Caminaba Jesús encorvado, roto, desvenecado por el peso del madero; y sus mejillas manchadas por la sangre reseca que corría de sus sienes, hacía que su faz pareciese la de un leproso. Sin casi poder respirar, ahogado por la fatiga, caminaba despaciosamente bajo la Cruz. Toda la berntosura había huido de Él.

María seguía a su Hijo, y en su divino rostro reverdecían aquellos recuerdos viejos, y el quinto puñal introduciase poco a poco en su corazón. «He llegado al monte, han erguido la Cruz y en ella, clavado, convulso y cárdeno por el frío de la muerte, a mi Hijo».

«Ved ahora vosotros si puede haber dolor semejante a mi dolor».

María está, de pie, junto a la Cruz; sus ojos se habían hinchado por el llanto y sus párpados se habían oscurecido, pero no se apartaban de su Hijo moribundo; y los siete dolores iban clavándose en su corazón.

Unos habíanse hundido ya en su carne; pero aún quedaban otros más acerbos que presentía llegar. Y llegaron, y uno tras otro clavaron en su corazón la amarga lección de la Redención.

¡Oh Virgen Madre de Dios! Aquel que no cabe en el mundo entero, el Autor de la vida, hecho hombre, sufre el suplicio de la Cruz.

Enseñanos a morir para vivir, a perder la vida para salvarla.

Enseñanos a morir de pie como tu Hijo y a estar de pie junto a la Cruz, como tú.

Niquel Sánchez Migallón.

Decimotercera Estación

Al pié de aquella cruz, en luctuoso
grupo de pena y de aflicción sublime,
la Madre Augusta desolada gime
anegada en su llanto doloroso,

quiere abrazar al Hijo, y el leñoso
y frío tronco entre su pecho oprime,
y en los amados pies su boca imprime
un largo beso férvido y ansioso.

Un varón santo, que a Jesús amaba,
ha rescatado el cuerpo, lo desclava,
y al maternal regazo lo confía;

y el exánime cuerpo que abrazaba,
no era un trozo del ser, que se arrancaba,
era el ser todo entero de María.



Handwritten signature or initials in black ink, appearing to be 'M. J. M.' or similar, written in a cursive style.



SEXTO DOLOR DE MARIA

Jesús bajado de la Cruz y puesto en brazos de su Ssma. Madre

Nada expresa mejor el sufrimiento del Dolor que aquella palabra, sola y sencilla, referida a la Virgen en la Pasión de su Hijo: "Estaba"

La Virgen estaba, y es que estaba ante su Hijo muerto, desgarrado en sus carnes, abierto sobre la Cruz, sin vida, sin respiración, sin mirada, sin latidos, sin sensibilidad ya, muerto.

Estaba a los pies de la Cruz. Estaba ante los que lo habían crucificado. Estaba quedándose sin Hijo. Estaba perdiéndolo. Estaba viéndolo sufrir sin poderlo consolar.

Se copiaba su sufrimiento en toda su sensibilidad perfectísima de mujer inmaculada.

Estaba bañada en dolor. Estaba sola. Estaba ya sin lágrimas. Estaba sin corazón, destrozado por tan intenso y continuado sufrimiento.

Estaba sin consuelo.

Y recibió a su Hijo viendo de cerca aquellas heridas de la crucifixión, con aquellos dolores espirituales y morales señalados también en su faz y en su cuerpo.

Si miraba en la cabeza no veía sino las heridas que en la frente y en la nuca habían hecho las espinas de la corona.

Si miraba a las manos no veía sino los taladros de los clavos.

Si miraba a los pies no los veía sino amoratados y ensangrentados, rotas las fibras de parte a parte.

Si miraba en su pecho no podía ver sino la cortadura profunda que había hecho la lanza que lo hirió.

Jamás madre alguna ha recibido de los hombres mayor dolor en la parte más sensible de su corazón y de su alma.

Y la Virgen-estaba allí, al pié de la Cruz, sin poder todavía evitar las forzosas desgarraduras de las carnes que el "desenclavo" producía en manos y pies.

Y estaba en su descendimiento para tomarlo en sus manos, en aquella negra tarde que se hizo de noche sin darse cuenta de ello, porque en su corazón había una noche mucho más profunda, mucho más oscura, mucho más triste.

Ya habían cesado aquellos gritos incontenibles. Solamente estaba extática ante lo que veía. Estaba Única ante el Dolor.- Fuera de sí.

¿Cuál no sería el dolor de la Virgen María cuando, desprendido el Cuerpo de la Cruz, lo recibió en sus brazos?

Aquella Hija de Jerusalem, la esclava del Señor, la inmaculada Virgen María, la doncella pura, la esposa pura, María de Nazaret, rebotando de dolor y resignada.

Nuestra Virgen María, la Inmaculada, la Purísima, la del Magnificat, Nuestra Sra. de la Asunción, la madre de nuestros Belenes, y la de todas las advocaciones del orbe católico, la "que llaman dichosa todas las generaciones", apurando el cáliz del Dolor.

En aquella tarde triste al pié de la Cruz, María ¡ESTABA! Sencillamente.

Ramiro Parrilla.



Decimocuarta Estación

En la serena paz del viejo huerto
la tarde tiene pesantez de plomo,
y abra sus fauces un sepulcro, como
si bostazara su ansiedad de muerto;

ungen piedad y amor su seno abierto
de xiloe, de incienso y ebanismo,
de mirra y de benjuí, cual un gran pomo
en que va a reposar el Cristo yerto.

Pero aquel Sanedrín que desconña
de Jesús, a quien teme todavía,
para celar seguro su victoria

sella y guarda el sepulcro noche y día,
hasta el tercero, en que Jesús sale
para unirse a su Padre allá en la Gloria.

*(Estos sonetos pertenecen al Via-Cruis
 inédito de D. José María Reillo).*





SEPTIMO DOLOR DE MARIA

Sepultura de Jesús y Soledad de Maria

La estancia terrena de Jesús fué corta pero inolvidable: su vida y muerte fueron ejemplos que dignifican el título de cristiano.

Satanás redobla su odio hacia Cristo al ser derrotado en el Desierto y busca ocasión para descargar el cúmulo de maldad que anida en su alma. Siembra la cizaña entre el pueblo judío y culmina su obra al conseguir que el Hijo de Dios sea condenado (nueva y sublime victoria del Redentor, que se complace en ver cumplidos los deseos del Padre.)

Mumilde había sido su cuna y humilde fué también su sepulcro: José de Arimatea, discípulo oculto de Jesús, solicita de Pilatos el cuerpo del Maestro y, junto con el buen Nicodemus y las Santas Mujeres, le dan sepultura.

Maria había sufrido ya rudos y continuados golpes: el mismo látigo que hacía sangrar la carne del Nazareno, era cruel azote para este corazón de madre; las punzantes espinas de la corona herían al unsono a Madre e Hijo; las bofetadas resonaban también en su rostro.

Mas su aportación al acto de redimirnos y salvarnos había de ser mayor. Quiere la voluntad del Padre sea también presente al duro trance de la Sepultura, para que los jirones de su corazón desgarrado sean bandera que nos aliente a conllevar nuestras penas y dolores temporales.

La Soledad es espina que clava la despiadada púa del recuerdo y hace sangrar, lento y copioso, al corazón herido y dolorido.

El odio de los fariseos y escribas, la indiferencia del pueblo, el temor de los Apóstoles ponen a Maria en la encrucijada de la Soledad.

Un corazón amigo habría disipado el espectro del pasado. Una palabra dulce habría amortiguado la realidad del presente. Una mirada habría alentado el futuro. Pero ningún brozo ofrece sostén a la desfallecida Virgen en este paso difícil y, Ella, camina y camina, siempre en pos de su Hijo.

Tu corazón, lector, sea sepulcro de Dios Vivo, no para que el gusano del vicio y la podredumbre del pecado lo invadan, sino como real morada cuyas galas sean tus buenas obras y virtudes.

No encierres tu alma en el recinto de la Soledad y busca en nuestra Madre del Cielo el refugio y consuelo que serán bálsamo que, con su perfume, embriagará de paz el espíritu.

Jaime López Lloret.